

MSS 385  
929/1264  
c.1

Miércoles 6 de Noviembre de 1918

### LA CARIDAD TIENE ENEMIGOS

La caridad ha encontrado, últimamente, dos poderosos enemigos: un gobernador interino y un maestro de escuela.

Para los que creen que el desempeño de estos puestos requiere cierto discernimiento y cultura, la noticia parecerá extraña. Sin embargo, es efectiva.

El gobernador interino de Tocopilla, tomó, hace poco, la resolución de expulsar a las hermanas de caridad que prestaban sus servicios en el hospital de ese pueblo, basando su decreto en que no había fondos para pagarles su modesto sueldo, a pesar de que éstas habían declarado que no lo cobrarían mientras la beneficencia estuviera en crisis.

El gobernador, con un criterio económico admirable, resolvió, sin embargo, para arreglar las finanzas del hospital, expulsar a las monjas que no exigían sueldo, y nó a los que lo cobraban.

Los obreros de Tocopilla, que cuando están enfermos van al hospital y conocen más de cerca que el gobernador, la abnegación y el heroísmo de las expulsadas, han tenido que dar a éste un ejemplo de cultura y gratitud protestando de su arbitrario decreto.

Pero, ¿qué mucho que esto suceda en Tocopilla, cuando en la propia capital estamos viendo casos parecidos?

Un maestro de escuela que se oculta - y tiene razón para ocultarse - bajo el seudónimo de Bergerac, critica ayer, en las "Últimas Noticias", la repartición de comida a los necesitados que efectúan, todos los días, los conventos de Santiago.

La vista de los desdichados que acuden a los frailes en busca de alimento irrita a Bergerac, que considera la escena un cuadro digno del Cairo o de Constantinopla.

Acaso la indignación es explicable en Bergerac, que respira por la herida.

El también vive, a su manera, a costa de los conventos.

Tres días después de una procesión, una misa o cualquiera ceremonia religiosa, escribe media columna en "Las Últimas Noticias" y cobra su modesto honorario de cinco pesos.

Bergerac no tiene otro tema; sin frailes no podría escribir. Ellos son su única fuente de recursos, y, por lo mismo, los ataca.

Tal vez la vista de los pobres que extienden su tarro y devoran los restos de alimento, evoca a Bergerac, el momento en que él también extiende su lata, repleta a costa de los frailes, y devora con ansia el producto de un artículo más o menos rancio. Pero esto que explica su mal humor en presencia del reparto de alimento, no justifica sus ataques a una obra buena: "dar de comer al hambriento"; del mismo modo que el entusiasmo doctrinario del gobernador de Tocopilla no justifica su decreto en contra de otra obra de misericordia: "Socorrer a los enfermos".

P.